

¿QUÉ DEBE LEÉRSE?

ENSAYO DE ORDENACIÓN DEL ESTUDIO

POR

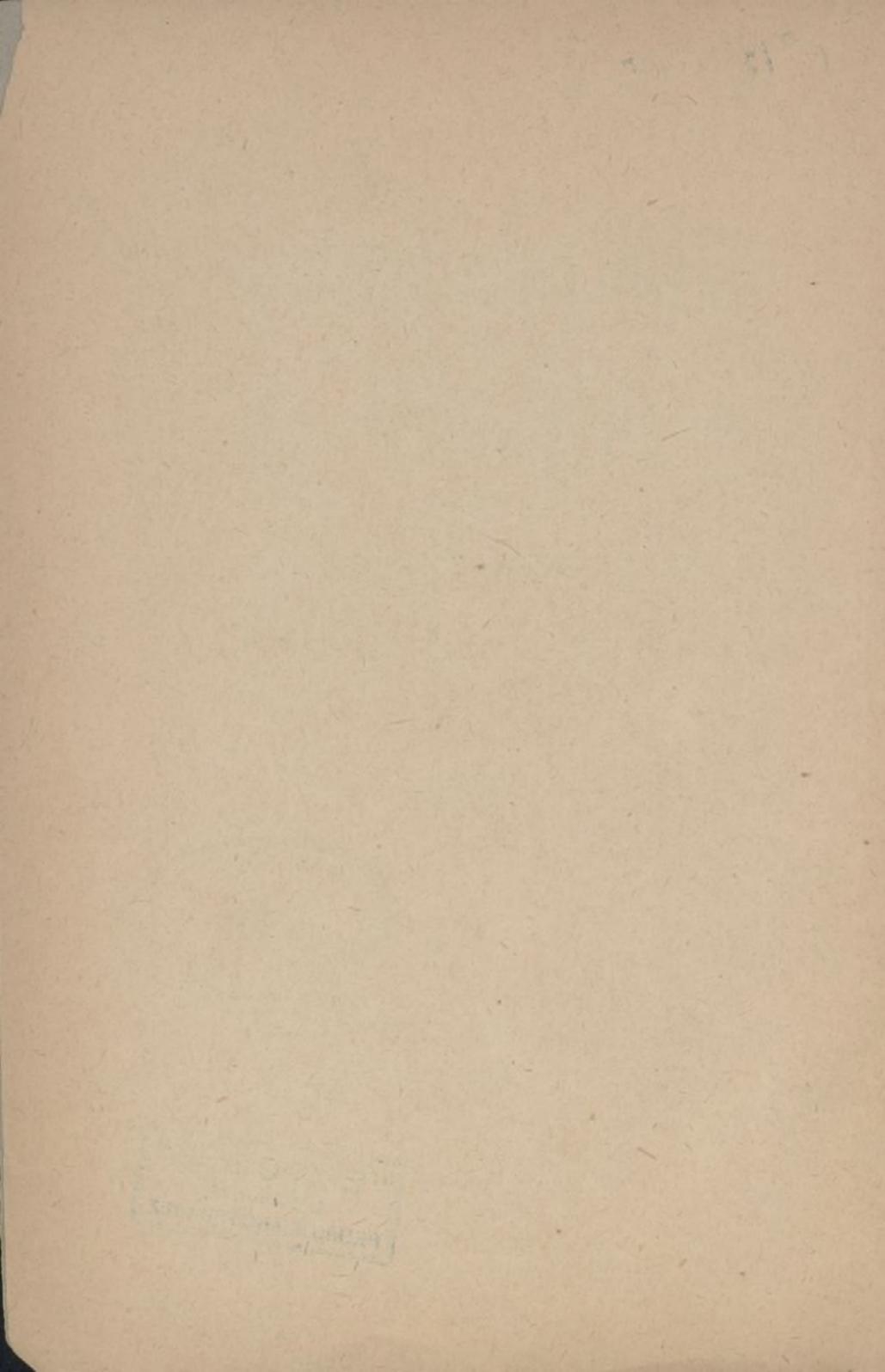
J. DANIEL INFANTE



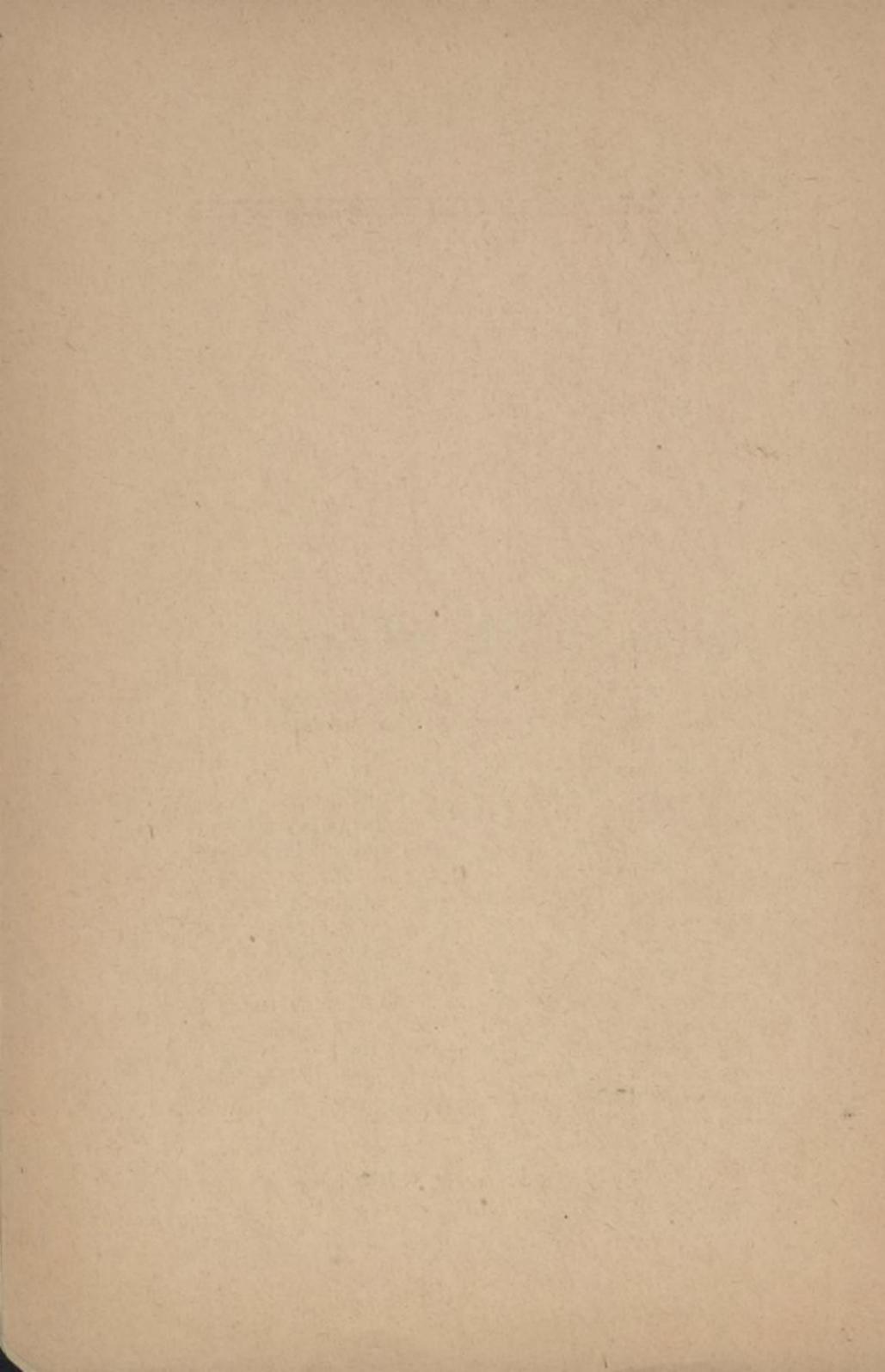
ROSARIO DE SANTAFÉ

ESTABLECIMIENTO GRAFICO, ANTONIO WOELFLIN. PROGRESO 745

1897



¿QUÉ DEBE LEÉRSE?



SEÑOR DON PEDRO CASADO.

Buenos Aires.

Estimado amigo:

Me hizo Vd. pregunta semejante á la que hago ahora al público, y contesté con una carta que decía así:

«Querido Pedro:

Puedo, por fin, cumplir la promesa.

Le ofrecí una nota de libros que podría Vd. leer con provecho, y voy á hacérsela; pero, no me satisface remitirle una lista escueta, creo mejor acompañarla con algunas reflexiones.

Cuantos estudiamos, pasamos por la situación en que Vd. se halla: deseamos saber y no sabemos precisar qué es lo que saber deseamos, ni es empresa fácil.

Para resolverla, se necesita conocer cuál es todo lo que puede ser objeto de nuestros estudios, y las relaciones de ello con los fines que al estudiar perseguimos.

Además, aun llegando á formar idea de lo que habremos de estudiar, ignoramos donde hallaremos los conocimientos pertinentes, qué libros serán los de lectura más provechosa.

¿No es esto lo que le ocurre?

Pues bien, reflexionemos juntos, y verá como salimos de esta situación difícil.

El estudio, como toda obra, requiere tres elementos: obrero, objeto de la labor, y medio, ó instrumento, del trabajo.

Vd. desea saber: Vd. es el sujeto: el saber, el objeto genérico; sus facultades intelectuales son el medio, el instrumento preciso para la empresa, *la herramienta*.

Y, ¿no es cierto que lo primero que, todo obrero hace, es proporcionarse y *aflar* las herramientas que han de servirle?

Por ahí, por tanto, debemos principiar.

El saber requiere el uso de dos facultades: de la memoria; por que se necesita recordar lo percibido: del juicio (del criterio); por que se requiere hacer crítica de las percepciones, para escojer la verdad y desechar el error.

Ambas facultades son susceptibles de perfeccionamiento (*de aflación*): he aquí, pues, la obra primera del estudiante.

Algunos desprecian la memoria. . . .: no se puede alabar su criterio.

Toda persona sensata ha, forzosamente, de desear tener la mejor memoria posible. El juicio es comparación, y toda comparación requiere presencia de los objetos comparables: sin memoria, solo podemos comparar las percepciones presentes; todo lo percibido en el pasado queda, pues, excluido de nuestro dominio. En contra, una buena memoria, que trae á presencia cuanto pueda tener relación con lo actual, extiende nuestro dominio sobre todo el pasado.

Vea si, tener buena memoria, es indispensable para tener buen juicio, y agregue que hay infinitos conocimientos que solo á la memoria corresponden, por que no se trata de distinguir verdades, sino de apreuderlas y conservarlas.

El buen criterio por nadie es despreciado, y, por ello, no necesita defensa.

Del buen recordar se ha hecho casi un arte: la Mnemotécnia: y hay libros que la explican.

Le recomiendo uno: Nueve Arte de Auxiliar la Memoria, por el doctor don Pedro Mata.

Hallará cosas que le harán reír; no sacará de él todo el provecho que el autor anuncia; pero, no ha de considerar perdido el tiempo que dedique á su lectura.

Más que libros, debo recomendarle, para aumentar su memoria, el continuo ejercicio.

Leer, siempre leer, y, cuando no se lee, tratar de recordar lo leído.

Si cada vez que termine Vd. la lectura de una obra, consigna, en un lijero apunte, lo que de ella recuerde, ha de ver de qué modo ese ejercicio le facilita, tanto la determinación de las ideas capitales halladas en lo leído, cuanto el recuerdo de esto.

En otro libro ha de hallar también algo que aprovechar: en el Manual del Arte de Estudiar con Fruto, por G. Randsagne, Julien y Darisot, (traducción de D. J. de Canalejas y Casas).

Del buen juzgar hay una ciencia: la Lógica: ciencia que á todos nos hacen estudiar, pero, muchos somos los que no la estudiamos bien.

La nefasta manía de hacernos aprender siempre en vista de los exámenes, ocasiona que los libros que son puestos en nuestras manos nos ofrezcan, más bien que un cuerpo de la doctrina que debemos aprender, solamente el esqueleto de la ciencia de que, en fin de los cursos, se nos ha de examinar; y de aquí, (haciendo aplicación á nuestro caso), que haya muchos estudiantes que terminan sus estudios de Lógica creyendo que se ha hecho estudien ésta para que aprendan qué es término, idea, proposición, raciocinio, etc.; qué es silogismo y cuáles sus formas, reglas, figuras, modos y variedades, etc., y sepan definir método, análisis, síntesis, etc., etc., etc.: más, sin percatar siqu era que ha debido quererse aprendiesen á encontrar la verdad en todo cuanto pudieran llegar á ser objeto de sus investigaciones.

En atención á este mediano estudio, que muchos hacemos, cuando al de la Lógica nos dedicamos, en nuestros primeros años de estudiantes, me parece que, si Vd. no está seguro de haberle hecho perfecto, le será provechoso repetirle, y, por si se decide á ello, le recomiendo que lea el Criterio de Balmes, la Lógica de Port-Royal y la de Condillac.

Puede leer también alguna de las Lógicas contenidas en los tratados comunes de Filosofía, y, de entre ellas, son muy-estimables la de Rey y la de Gonzalez Serrano; y, para que se dé cuenta de los diferentes sistemas de investigación y pueda hablar de propio cuando de ellos se trate, es bueno, igualmente, que lea el *Novum Organum*, el *Discurso del Método* (sus autores son, respectivamente, Bacon y Descartes), y el *Bosquejo de Historia de la Lógica*, por Franck.

Pero, sobre todo, lea las obras de Platon y de Jenofonte.

No le extrañe la recomendación de éstas.

Platon y Jenofonte escribieron según el método socrático, y, cualquiera que sea el tema que traten, discurren, y hacen, por consiguiente, discurrir, en forma que no se concibe mejor ejercicio para adiestrar el criterio.

Ha de hallar diálogos cansadores: léalos, sin embargo. Suelen decir los que fuman que todo cigarro tiene una pulgada de bueno: en esos diálogos hay siempre alguna página que es buena, como en el cigarro hay la pulgada, y el leerla compensa la pena que ha podido experimentar fumando (digo: «leyendo») lo mediano.

Lea esas obras; léalas una vez y otra vez: no hallo cosa mejor que recomendarle para que fortifique y afine su criterio.

Preparadas las herramientas, cabe ya empezar el trabajo.

Para esto, lo primero á hacer es determinar el fin.

Hay uno general á todos los humanos, pero no es de él del que Vd. espera le hable: tiene Vd. el especial determinado por la profesión para que se prepara.

Quiere hacerse Abogado. . . . De lo que le convendrá estudiar para ello, le escribiré otro día, que esta carta es ya muy larga.

Si llega á leer lo que le recomiendo, le ruego, y le agradeceré mucho, me escriba sus impresiones.

Salude á sus papás y hermanos, y mande á su buen amigo y S. S.»

Poco después, hallé en la Ilustración Española y Americana un artículo (El Arte de Leer) del reputado crítico Don Leopoldo Alas, que expresaba la importancia y la dificultad del problema relativo á lo que debe ser leído: ambos hechos me decidieron á escribir estas páginas.

Recíbalas Vd., su causa principal, como testimonio del afecto de su buen amigo.

J. D. INFANTE.

Rosario, 15/10/97.

¿QUÉ DEBE LEÉRSE?

I

.....26 de Junio de 1897

Muy querido padrino:

Hace muchos dias que me ocurrió escribir á Vd. esta carta: de una parte, el temor á distraerle, y, de otra, el no tener mas de un sentimiento confuso de lo que deseaba decirle, han sido causa de no escribirla inmediatamente.

En el tiempo pasado desde que concebí el pensamiento hasta hoy, la confusión de mi idea ha desaparecido, veo ya claro qué es lo que necesito espresarle, como ha crecido la intensidad de mi deseo á causa del continuo pensar en él, he vencido el temor, y seguro de que su cariño habrá de hacer que me perdone el atrevimiento y la molestia que voy á darle, he tomado la pluma y..... aquí tiene mi hazaña.

Se trata mi buen padrino, de hacerle una consulta.

Sabe Vd. que siempre me han gustado bastante los libros, y que, en casa, siempre tambien, se han opuesto á dejarme leerlos. Me decían que era muy niño, que me bastaba con el fiel cumplimiento de mis deberes de colegial, y que debía dedicar el tiempo que el cumplimiento de ellos me dejase libre, á juegos y ejercicios físicos que

me robusteciesen: que podría leer y estudiar cuanto quisiese, desde que principiase la segunda enseñanza.

Pues bien, es el caso que ya he principiado ésta; que estoy fuera de casa; que nadie me impide leer; que tengo tiempo sobrado para hacerlo, y que *no se qué leer.*

Me compraron los textos: los profesores marcan en ellos las lecciones; las leo, las aprendo; hasta voy aprendiendo un poco adelante de donde nos señalan; pero, llego á cansarme de machacar en las mismas materias siempre; á reconocerme, en los momentos en que me canso, incapaz de aprender más, por mucho que sobre aquello, que me ha cansado, machaque, y, sin embargo, me siento, entonces mismo, apto para leer y aprender de otras cosas.

Han llegado á mis manos varias novelas; las he leído con gusto, me han entretenido; pero, comprendo que no es la lectura de novelas la que me ha de aprovechar cuanto necesito; presiento que hay infinitos conocimientos útiles que adquirir, y, necesitado de un guía, acudo á Vd., querido padrino, que tan bueno ha sido para mí siempre; y que tanto lee, y rendidamente le pido sea ese guía, me diga por donde y cómo debo empezar; me enseñe *qué es lo que debo leer.*

Hágalo, padrino; y hágalo pronto: será un favor más que habré de añadir á los infinitos que me tiene Vd. hechos.

Su ahijado que le quiere

JULIO.

II.

..... 27 de Junio de 1897.

Muy querido Julio:

No hay como los chicos para preguntar cosas grandes. . . . : y, ¡vaya si lo és la que tu preguntas!

Tanto, tanto, que no dudo en principiar diciéndote que no sé contestarte.

Sí, querido Julio, no hallo qué responderte, no puedo, no sé.

¡Ya ves cuanto te has engañado al dirijirte á mi!

Eso que á tí te atormenta, eso que tu deseas te enseñe, eso mismo estoy tratando de averiguar yo hace años, y no lo he averiguado: mas te diré: casi, casi, estoy convencido de que no podré averiguarlo.

Voy á indicarte las razones.

Preguntarse «¿que leeré?», «¿que aprenderé?», equivale á inquirir cual es buen camino, y, como lo primero á fijar para aprender cual es el camino bueno, es siempre el punto á donde se quiere ir y los medios con que se cuenta para hacer el viaje, lo primero á determinar precisamente, para averiguar cual es la buena lectura, ha de ser el fin para el cual hemos de leer y las aptitudes que para cada lectura tengamos: así, pues, tu sencilla pregunta antepone, con fuerza incontrastable, estas dos otras:

«¿Para qué debo leer?»; ¿para qué conocimientos soy más apto?»

La determinación de lo segundo es más fácil que la de lo primero; pero, aún así, no deja de exigir su trabajo.

La aptitud entraña facultades y tiempo: se requiere apreciar ambos factores.

Aquello cuyo aprendizaje nos agrada, aquello cuya comprensión nos es fácil y cuya retención y recuerdo hacemos sin esfuerzo, aquello señala, seguramente, material apropiado á nuestras facultades; pero ¿será lo más apropiado?, ¿no habrá otras materias, también agradables y fáciles?

No ponerse, y no resolver, estas cuestiones, origina graves y dolorosos errores; dá motivo á que se crea tener vocación que no se tiene, ó que, luego, no nos llama con la fuerza que otras, á las cuales, por fin, nos entregamos, teniendo siempre que lamentar el tiempo que en las primeras vías perdimos.

Un ejemplo aclarará esta idea.

Como hay muchas mujeres bonitas y lo bonito nos agrada, tal vez, basta que una, á quien conozcamos, lo sea, para que sintamos afecto hácia ella y nos imaginemos que tal afecto es amor, es el amor todo que por una mujer podríamos sentir, y á ella nos consagremos con toda la pasión de que nos creémos capaces.

Sin embargo, si el tiempo pasa y la mujer, cuyo exterior conocimos, vá ofreciéndonos condiciones internas distintas de las que imaginamos, y vemos otras mujeres , quizá llegamos á encontrar, ya una que nos agrada infinitamente más que la primera, ya tales circunstancias en ésta que nos hacen desamarla.

Pues, haz cuenta que cada ciencia es como cada mujer en ese ejemplo.

Hay infinitas agradables, pero todas con parte externa, y parte interna, y unas más agradables que otras.

El medio de prevenir los males que produce equivocarse en la elección de mujer, está en procurar conocer muchas, y en tratar á todas aquellas cuya exterioridad nos sea placentera, lo suficiente para averiguar también sus caracteres no externos, ¿no es así?: pues igual ha de ser, igual és, el único sistema útil para prevenir equivocaciones en la vocación científica.

Ha de procurarse VER muchas ciencias; todas, á ser posible; y TRATAR algo aquellas á que nos sentimos aficionados.

¿Te das ahora cuenta, querido ahijado, de las dificultades que entraña el problema que deseas resolver?

De tu pregunta: «¿qué debo leer?», salieron dos: «¿para qué debo leer?»; «¿para qué conocimientos soy más apto?»: y la contestación á ésta, exige sean formuladas y contestadas otras varias:

«¿Qué puede leerse?»; ó, mejor: «¿qué puede aprenderse?».

«¿Cómo es, de lo cognoscible, lo que nos parezca bueno de aprender, y para cuyo aprendizaje nos sentimos hábiles?»

A poco que reflexiones, te convencerás de que, sin contestar tales premisas, no es, en forma alguna, posible llegar á la solución del problema planteado.

Solo viendo un cuadro pudo gritarse: «también yo soy pintor»: si quién lo gritó, no le hubiese visto, jamás hubiera podido llegar á la conciencia de que tenía condiciones para brillar en el arte de la pintura; y de que debía, por tanto, dedicarse á ella.

Solo *viendo* los conocimientos posibles, puede llegarse á formar juicio de cuales son aquellos á los cuales nuestras inclinaciones nos llaman y nuestras aptitudes se prestan.

Por esta causa, hallo inexplicable no se dé principio á la segunda enseñanza dictando un curso especial de lo que podría ser llamado «Prolegómenos de la Ciencia»; así como en algunas Escuelas de Leyes se dá principio á los estudios jurídicos por el de Prolegómenos del Derecho.

Pero, ya es muy larga la carta y me falta tiempo para desarrollar completamente esta idea: te escribiré pronto continuando el tema.

Te abraza tu padrino

JULIAN.

III.

..... 30 de Junio de 1897.

Muy querido Julio:

Terminé mi carta diciéndote hallo inesplicable no se dé principio á la segunda enseñanza por un curso especial de lo que podría ser llamado «Prolegómenos de la Ciencia», y te ofrecí explicar mi pensamiento: voy á hacerlo.

No estoy satisfecho del nombre que he dado á la série de conocimientos en que pienso.

Prolegómenos (de *pro*-antes—y *legis*-decir—) no significa sino lo *dicho previamente*, y no expresa, por tanto, sino idea de prioridad; mientras yo pienso, no puramente en algo primero que la Ciencia, sino en la Ciencia misma, pero, sintetizada, resumida, reconcentrada, en forma tal que, de un golpe de vista, pudiera distinguirse y apreciarse su conjunto, y aprenderse sus lineamientos generales; para, luego, escojer facilmente la parte que se creyese bueno conocer á fondo, y hallar reducido el estudio de ella, como el de las restantes, á la ampliación de lo ya aprendido en el curso primero á que vengo refiriéndome.

Con un ejemplo haré más claro mi pensamiento.

Tal cual tratamos de conocer la Ciencia, podríamos tratar de conocer una comarca, y, si de esto tratásemos y nos hallásemos inseguros del tiempo que podríamos dedicar á estudiarla, y ciertos de que, por ser muy extensa ella y muy interesante y entretenido el estudio de cada una de sus partes, podríamos, en el de una sola, consumir la vida, y se nos dijese que había una altura, de torre, ó de montaña, desde la cual se divisaba la región entera, ¿no es verdad que, ante todo, nos apresuraríamos á subir

á la altura en cuestión y á saciarnos de ver desde allí el conjunto, aunque nada pudiéramos percibir de los detalles? ¿No lo es, igualmente, que, colocados en la altura, escojeríamos, de todo el terreno á nuestra vista, la parte primera á recorrer, llano, monte, valle, rio, pradera, bosque, según nuestros fines, nuestras aficiones, nuestras fuerzas y nuestro tiempo?

Cierto es, indudablemente. Nos decidiría á ello, tanto pensar en que, si el tiempo que habíamos propuesto dedicar al estudio se reducía, nos aprovecharía más, para el conocimiento de lo que la comarca era, una vista general de la misma, que la posesión completa de todo lo que pudiera saberse acerca de alguno de los pequeños campos que en ella se hallasen; cuanto considerar que, sin la vista previa del conjunto, sería fácil que nos engolfásemos en el recorrido de tierras y tierras de cuyo conocimiento no hubiéramos de sacar ni utilidad, ni placer, miéntras al lado dejásemos otras de placentero y útil recorrido, cuya existencia fuese por nosotros desconocida completamente.

Pues bien, tal vista general de la comarca, no sería, en modo ninguno, algo hecho antes de dar principio al estudio de ella; sería ya el principio mismo del estudio; el estudio en síntesis; el conocimiento á grande rasgos...; y esto no se significa con la palabra *prolegómenos*...

Más... ¡compadece mi insuficiencia!, no sé con que palabra significar esa idea...: no hallo otra mejor, y á la dicha he de atenerme: ya está definida nuestra frase; tú ya me entiendes...: pues bien, para contestar tu pregunta, origen de estas cartas, yo habría de decirte:

«Principia leyendo Prolegómenos de la Ciencia.»

¿Te satistaría mi contestación?

De seguro, no.

Habrías de preguntarme, en seguida, por la obra, por el autor que tal materia tratase, y yo me vería precisado á confesarte que no conozco autor que haya escrito la obra que te convendría leer; que no sé donde podrías aprender lo que juzgo prévio á todo aprendizaje.

Quizá la obra exista, pero, sé tan poco que á conocer no llego ni si hay libros que contengan lo que deseas te enseñe

Lo escrito acerca de la clasificación de los conocimientos, ó de las ciencias, incluso el Discurso Preliminar de la Enciclopedia, no me satisface, ni encuadra mi pensamiento.

Me llaman; he de terminar aquí: te abraza tu padrino.

JULIÁN.

IV.

.....2 de Julio de 1897.

Muy querido Julio:

Tengo á la vista tu carta: en ella me pides un imposible mayor aún del que me pediste primero: si es que entre dos imposibles puede haber relación de tamaño.

Menos, hijo mio, menos que decirte, con la precisión que necesitas, lo que has de leer, puedo hacerte el libro de Prolegómenos de la Ciencia (llamémosle así), de que en mi anterior te hablaba.

Manifiestas que has formado exacta idea de las dificultades que entraña contestar tu primitiva pregunta, y de la necesidad ineludible de resolver antes los problemas que te he indicado, así como del servicio inmenso que te proporcionaria el libro cuya falta te dije notar, pero ¿no la has formado de lo que habría de ser tal libro!

¡Ah!, si la formases, no podrías, no, creerme capaz de hacerle!

Considera que, á mi juicio, sería preciso proceder de este modo.

Tenemos ante nosotros lo cognoscible y deseamos conocerlo: reconocemos la imposibilidad de examinar todo á un tiempo, y decidimos dividirlo.

Meditamos acerca de la naturaleza íntima de la totalidad que se nos ofrece, buscamos la característica determinante, toque para la división, y hallamos que, cuanto es cognoscible, ha de estar en uno de estos tres grupos:

Lo que Es, y POR QUE ES, Y PARA QUE ES:

Lo que Ha SIDO, y PORQUÉ HA SIDO, y PARA QUÉ HA SIDO:

Lo que SERÁ, y PORQUÉ SERÁ, y PARA QUÉ SERÁ.

Lo que Es, lo que HA SIDO, lo que SERÁ, se nos ofrecen formando un conjunto: el de los SERES: presentes, pasados y futuros; los POR QUÉ de cada uno de los términos expresados, otro: el de las CAUSAS; los PARA QUÉ de los mismos, un tercero: el de los FINES: conocer las *cosas*, presentes, pasadas y futuras, y sus *causas* y sus *fines*: he aquí todo lo posible: lo cognoscible, pues, se nos ofrece capaz de ser dividido en tres ramas.

Pero, el conocimiento de lo que SERÁ no puede apartarse del de sus causas y fines: ha de llegarse á él, no mediante la observación; pues no cabe observar lo que aún no existe; sino merced al discurso: lo que *será* no puede ser percibido, sino ideado; y, para lograr adivinarlo, inventarlo, son precisos el conocimiento perfecto de las *causas* que habrán de producirlo y el de los *fines* á que estará destinado.

Esto ha de producir en nosotros el convencimiento de que no es factible separación absoluta de las tres ramas: SER, CAUSA, FIN, y ha de movernos á estudiar en lo PRESENTE, lo PASADO y lo FUTURO, siempre conjuntos el SER, la CAUSA y el FIN de cada cosa: sin lo cual tampoco es posible el conocimiento perfecto de SER alguno.

Quedamos así reducida la esfera, otra vez, á tres ramas: lo que Es; lo que HA SIDO; lo que SERÁ, y nos corresponde decidir á cuál de ellas debemos dar la preferencia.

Puede saberse *para saber*, y *para utilizar lo sabido*: saber, solo *por saber*, es grato, no cabe duda: como es grato gustar golosinas: pero, saber, *para utilizar*, es más conveniente, sin dejar de ser agradable; como es sabroso comer alimentos nutritivos.

Pues bien, si tratamos de saber para utilizar lo sabido, el conocimiento más importante es el de *lo que será*.

Lo que *fué*, ya pasó: su provecho ó daño, ya le soporamos: lo que *está siendo*, está pasando: el presente es algo impalpable entre el pasado y el porvenir: cuando queremos apoderarnos de algo que *es*, no conseguimos nunca poner bajo nuestra acción lo que *era* en el momento en que concebimos el deseo y dimos principio á nuestros actos para apropiárnoslo: por pequeño que sea

el intervalo que entre el deseo y la acción medie, alguno ha de haber y ya es bastante para que nuestra acción recaiga sobre lo que en el instante de concebirla no *era* todavía tal cual yá es; pero, tanto porqué, no por ser esto muy cierto, deja de ser muy sutil, cuanto porque el conocimiento de lo que *será* es imposible sin que principiemos por saber lo que ahora *son* las cosas que han de sufrir las transformaciones, habremos de decidir que el estudio de lo que *es* merece nuestra preferencia; aunque no debamos consagrarnos á él exclusivamente: puesto que, no solo el presente, sino también el pasado, son las causas de lo futuro, y este futuro es el que nos interesa prever, para prevenir.

Entrando en el estudio de lo presente, nos preguntamos.

¿Qué es?

Reconcentrando nuestra atención para definir, con las menores palabras posibles, el conjunto de lo que vemos, sin que en la definición deje de expresarse la totalidad de lo existente, podremos contestar:

COSAS QUE ACTUAN.

Tenemos otro complejo: hemos, nuevamente, de dividirlo, para poder estudiarle.

Hacemos análisis de lo contenido en la idea expresada con las tres palabras: COSAS QUE ACTUAN, y vemos que entraña; COSA, ACTUACIÓN . . . y ESPACIO y TIEMPO en que las cosas existan, duren y actúen.

COSA, subscita idea de MATERIA: ACTUACIÓN, de FUERZA, que en algo radique y sobre algo actúe, y de FUNCIÓN . . . : nos vemos, por ello, tentados á decir. Lo que es, es: MATERIA, FUERZA, FUNCIÓN, ESPACIO y TIEMPO. . .” pero, recordando que hay creencia en que existe algo que no cabe bajo el significado corriente de la voz MATERIA, y que, respecto al ESPACIO y al TIEMPO, se discute su existencia *en sí*, no lo hacemos y quedamos limitados á lo dicho: «Son: COSAS y ACTUACIONES, y son en ESPACIO y TIEMPO.»

ESPACIO y TIEMPO se nos ofrecen como de previo conocimiento; así por tener oficio cual de continentes, cuanto por parecer materia de estudio menos lata; y, de entre ellos, previo el TIEMPO, por esta razón última.

Acerca del TIEMPO nos ocurré saber:

¿Qué es?

¿Cómo es?

¿Tiene límites?

¿Cómo se le mide?

Y, aunque lo resistamos, también se nos vá la idea á preguntas respecto á cómo *ha sido* medido y á cómo debería serlo; y, por tanto, podrá serlo, ó lo *será*; y á las referentes á las *causas*, medios y *finés* de todo lo que, averiguando lo preguntado, lleguemos á saber; por lo cual, hemos de dudar si el estudio del pasado y del futuro deberá ser hecho conjunto con el del presente de cada materia, ó formando cuerpos de doctrina independientes.

Dejando sin resolver el punto, para no perder el hilo de nuestra investigación, y volviendo al tiempo que *es*, y á lo que acerca de él nos interesa, notamos que, para saber cómo se le mide, ó cuenta, es preciso poseer conocimientos acerca del modo de contar, y, apenas hayamos principiado la investigación de ellos, hallaremos que el contar es tarea muy pesada, si no se la abrevia con algún procedimiento; veremos que existen procedimientos para la abreviación, é, informados por esta idea, aprenderemos las operaciones del cálculo; cuya relación con otros conocimientos y con los actos de la vida se nos ofrecerá patente, y podremos, y deberemos, aprovechar desde luego.

En cuanto al ESPACIO, nos haremos preguntas análogas á las relativas al tiempo:

¿Qué es?

¿Cómo es?

¿Tiene límites?

¿Cómo se le mide?

La tercera pregunta es divisible; porque, en *tiempo* el origen y el término se confunden con la extensión; pero, en *espacio*, son distintos: de suerte que, no solo preguntaremos si éste es infinito en su extensión, sino también si ha tenido principio y tendrá término; si es infinito en la duración.

Añadiremos:

¿Cómo es su forma?; ó, mejor:

¿Cómo son sus formas?: puesto que, no solo concebimos la del espacio total, sino las de los espacios parciales; y hemos de querer saber también medir estas en todas sus dimensiones.

No puedo seguir más hoy: hasta otro rato.

Te quiere tu padrino

JULIÁN.

..... 6 de Julio de 1897

Muy querido Julio:

Suspendí mi carta cuando acababa de indicar que, tratando de conocer el *espacio*, desearíamos saber su forma y sus formas, y la manera de medir las dimensiones de sus partes: prosigo, pues.

Habilitados así con el conocimiento de ESPACIO y TIEMPO, volveríamos á ponernos en presencia del todo cognoscible, expuesto diciendo: «COSAS QUE ACTUAN», y brotaría de suyo dividir el asunto en dos ramas: COSAS: ACTUACIÓN: ó sea: en cada COSA, su SER y su ACTUAR.

Refiriéndonos al SER, nos costaría algun trabajo hallar la característica diferencial para dividir la inmensidad de los seres.....

La TIERRA, y lo que es No LA TIERRA:

Yo, y lo que es No Yo, ó el HOMBRE y lo que es No HOMBRE:

Lo que VIVE y lo que No VIVE:

Lo ABSTRACTO y lo CONCRETO;

y algunas más, acaso, son divisiones que se ofrecen, y que creo conveniente rechazar; por que, respecto á lo que VIVE y NO VIVE, solo conocemos lo que en la TIERRA es, y, en cuanto á las demás, tanto en el HOMBRE cuanto en la TIERRA, hallamos materias de idéntica naturaleza á las constituyentes de lo No HOMBRE y No TIERRA, y por consiguiente, habríamos de vernos obligados á repetir los estudios; y, lo ABSTRACTO, en si, no existe.

Notamos que, cuanto es, és, ó en los núcleos que llamamos astros, ó fuera de ellos, en los espacios inter-

medios: podríamos, por esto, tomar de aquí la característica; pero, así por ser materia muy limitada, y muy obscura, la referente á los espacios intermedios, como por ser notorio que al rededor de nuestro astro hay una parte de espacio sometida á él y cuyos límites son indeterminados, (lo que nos mueve á colegir que en los otros astros ocurrirá algo semejante, y nos autoriza á pensar que la esfera de acción de cada núcleo sobre el espacio que le rodea se extenderá hasta tocar con la de los circunstantes), podemos desechar tal característica, y entonces, quedándonos astros solamente, hemos de buscar la diferencia en la naturaleza de éstos.

Lo más notable es que algunos de los astros forman un sistema del cual es el Sol el núcleo primario, y que todos los otros se distinguen perfectamente de los indicados y tienen entre sí la semejanza de esa común diferencia.

En el estudio de los astros, después de una vista de conjunto, distinguiremos, por ende, el de nuestro sistema y el del resto.

En el de nuestro sistema, la división es natural: Sol y Satélites.

Estos, divididos en clases, según sean primarios (planetas y cometas) ó secundarios (satélites en especie), y, tanto unos como otros, de los constituyentes de la división, en otras subclases, según su respectiva naturaleza.

Los adelantos de las ciencias permiten saber, hoy, á qué distancia están los astros, cómo es su figura, cuál es su tamaño y color, y hasta cuáles algunas de sus materias componentes; y, todo ello, sin más que someter á estudio la luz y el calor que nos envían y la atracción que entre sí ejercen.

Conociendo su SER, al pasar á conocer su ACTUAR, habríamos de vernos precisados á distinguir, entre las actuaciones aparentes y efectivas; y, al estudiar las últimas, notaríamos que su base queda siempre reducida á una hipótesis, y está fundada en principios lógicos y en la idea de identidad entre las funciones de la materia que constituye la Tierra y tenemos conocida, y la que constituye los astros.

Ya por tal causa, ya también por ser la luz, el calor y la atracción medios de estudio de los astros, reconocemos la necesidad de saber cómo es y cómo funciona la *materia* en general, ántes de considerar los astros en particular, y, así como en el estudio de ESPACIO y TIEMPO hubimos de dar cabida al de CANTIDAD y EXTENSIÓN, ahora habríamos de darla al de MATERIA y FUERZA.

Temo, querido ahijado, que ha de estar pareciéndote ésta carta muy poco amena y algo confusa, y no me atrevo á creer te sirva para formar idea de todo lo que cabe aprender, considerando los objetos que en ella señalo.

Para que no nos expongamos á perder tiempo, creo preferible no proseguir hasta que me digas si has entendido lo expuesto: en caso afirmativo, seguiré, y, en caso contrario, trataré de explicarlo más claro.

Quedo esperando tu respuesta y te abrazo con el cariño de siempre.

Tu padrino

JULIÁN.

VI

..... 7 de Julio 97.

Muy querido padrino:

¿Cómo ha de ser posible no entender todo lo que Vd. dice?!

Me parece que lo entiendo bien.

Veo patente, como la luz del Sol, todo lo que Vd. vá exponiendo.

Yo no sé por qué huye Vd. de dar nombre á cada una de las ciencias que señala.

Hay que conocer el TIEMPO y la CANTIDAD y el ESPACIO y la EXTENSIÓN, y los ASTROS; y, en cuanto á éstos, su modo de *ser* y su modo de *funcionar*: y, para conocerlos, hay que saber ántes el modo de ser y de funcionar de la MATERIA: es decir; hay que aprender Cronología y Aritmética y Geometría y Astronomía, en sus dos fases de Geometría Celeste y Mecánica Celeste, y, antes, Física y Química.

¿No es esto lo que V. me enseña?!

Siga, siga.

Vd. sabe que tuve un buen Maestro, quien de todo eso, que Vd. me indica, aunque no nombra, me enseñó algo; pero yo lo he aprendido aislado, sin darme cuenta de su trabazón ni de su importancia: me decían: «Estudia de tal á tal página,» y lo estudiaba, y nada más: ahora voy viendo como todo se enlaza y auxilia y complementa.

Continúe, padrino; me tiene impaciente: dedíqueme un día entero, para que termine pronto de indicarme como habría de ser ese libro que, también yo, echo ya de menos, y luego..... ¡ah!, luego, yo sé lo que tendrá que decirme.

Le quiere mucho su ahijado

JULIO.

VII.

. Julio 8 de 1897.

Muy querido Julio:

Perfectamente, pero... , ten un poco de paciencia, que hoy vamos á tratar de un detalle incidental.

En tu carta dices los nombres de las materias que consideras voy indicándote, y manifiestas extrañeza porque no he dicho tales nombres yo: voy á exponer la razón de mi silencio.

No he usado los referidos nombres, porque no los encuentro exactos.

Respecto á algunos, lo que en lenguaje usual se entiende por ellos, no es lo que constituye el contenido de lo que yo considero formando el *todo* objeto de estudio: respecto á otros, la significación etimológica de la palabra no corresponde á las ideas que se hace signifique; y, en muchos, se hallan reunidas ambas faltas.

Dices: *Cronología*:

Resísteseme decirlo, y por dos razones.

Ninguna terminación en *logia*, me parece bien para nombre de ciencia.

Deriva de *logos*, y, de los múltiples significados de esta palabra, (hay diccionario que dá más de veinte), los únicos más adecuados al objeto son: *disertación*, *tratado*, *libro*, *obra*; (varios diccionarios, y, entre ellos, el de los P. P. Escolapios, no los mencionan); pareciéndome que todos sirven más para nombrar el continente de lo escrito, que la ciencia misma escriturada.

Se explica que, quién escribía el primero, ó de los primeros, acerca de una materia, llámase á su cuaderno, ó rollo de escrituras, *tratado*, (escritura que trata), pero no es éste motivo suficiente para continuar llamando así la materia estudiada.

Esa es una de las causas de que se me resista usar el nombre que tu usas.

La otra, que se define *Cronología*: «Ciencia que trata de los cálculos de los tiempos», «Ciencia que tiene por objeto determinar el orden y fechas de los sucesos históricos»; y has podido ver que no es esto lo que pienso podría ser estudiado acerca del *Tiempo*.

Lo mismo ocurre con la voz *Aritmética*.

Arithmos significa número: *ike*, *adjetiviza*, y, por ello, los nombres de ciencias y artes terminados en *ica* son verdaderos adjetivos que presuponen el sustantivo *techne* (arte).

Comprenderás que, ni he indicado arte alguno, ni es el *instrumento general para significar cantidades*, sino el cálculo mismo el principal objeto de estudio que se nos ofrece.

Geometria, vale medida de la Tierra, y, el uso de tal palabra dá lugar á disparates como el de llamar *Geometria Celeste* (medida de la Tierra celeste) á una parte de la..... *Astronomia* he de decir, y ahí tienes otra voz inaceptable.

Astronomia: leyes de los astros: cuando no se trata en tal ciencia solo de cómo los astros actúan sometidos á leyes, sino también de cómo son.

Mecánica: de *mekane*, máquina, y esta de *mekaneio*: inventar; se halla igualmente bien lejos de significar lo que por su etimología.

No es preciso decir nada acerca de *Física*; y, en cuanto á *Química*, ya venga de *Chemia* país de Cham, (nombre antiguo de Egipto), ó de *Chimos*, jugo, ó de *Chyo*, fundir, es patente que no guarda mayor relación con su actual significado que las palabras anteriores.

Nada de esto que manifiesto es nuevo: muchos ya, y desde hace mucho tiempo, han pensado en la conveniencia de variar la nomenclatura de las ciencias: entre otros, Bentham trató de ello con gran extensión; pero, poco se ha conseguido, poco se ha impuesto al uso general; quizá por que han sido mas felices las críticas que las refor-

mas: los más de los nombres ofrecidos como substituyentes se resisten á oídos y lenguas: juzga por estos:

Anopneumatología: Parononología: Coenonésilogía: Coenorthología anépopoioscópica. . . (1).

Por todo ello, he creído preferible no calificar en modo alguno los conocimientos que voy indicándote: basta á mi objeto que tu formes idea de los conjuntos y de su trabazón y enlace.

Dada la explicación que antecede, puedo proseguir y lo haré gustoso en la carta próxima.

Recibe un abrazo de tu padrino

JULIÁN.

(1) Parte de la Pneumatología que no hace referencia al espíritu intelectual: Parte de la Pneumatología nooscópica (ó Noología), que atiende al espíritu intelectual, con referencia al tiempo presente: Parte de la Parononología referente á la comunicación: Parte de la Coenorthología no relativa á la composición de versos.

VIII.

.....Julio, 10 de 1897.

Muy querido Julio:

Quedamos en que procedería estudiar la Materia en general, antes de estudiar particularmente los astros que se nos ofrecen constituyendo el Mundo.....

Se me hace preciso indicar primero que la palabra *Materia* es tomada por mi aquí en sentido mas extenso del usual: con ella significo lo que con la palabra *cosa* en su más lato significado (cosas y personas); puedo decir: *todo lo que es base de actuación*, de manera que, si seres espirituales hay, ellos quedan comprendidos en el significado de materia, puesto que han de actuar, ó de sufrir actuaciones.

Peró, procediendo, como vamos, por las impresiones de nuestros sentidos, habiendo visto que hay *cosas que actúan*; que las cosas, en su conjunto, constituyen el Universo, que éste se ofrece como congregación de astros que actúan en espacios; los astros, ordenados en sistemas, y presentándonos, para hacerse conocer, fenómenos de los cuales no podemos juzgar sino suponiéndolos iguales á los semejantes que verifica la materia que tenemos bajo nuestra acción, (lo cual nos ha movido á juzgar previo el estudio general de ésta), hasta ahora no hemos de considerar otra materia objeto de estudio que la afectante á nuestros sentidos, y, limitados á ella, notaremos que, todo lo que de su *ser* podemos aprender, se resuelve en manifestaciones de su *actuar*.

Su acción bajo la luz, y frente á nuestros ojos, nos hace saber que tiene extensión, y, en varios casos, colores, que, en otros, no tiene: su acción sobre, ó bajo, nuestro tacto, que, á más de extensión tiene fuerza, calor, electricidad, elasticidad, dureza, etc.: su acción sobre otras

materias, que tiene magnetismo, p. e., y así en todo, á tal extremo que, si nos fuese posible quitar cada una de las propiedades que abstractamente concebimos como actuaciones, al buscar luego la esencia de la materia, nada hallaríamos.

Al fin que vamos persiguiendo basta la consideración apuntada, y nos sirve para limitarnos al estudio de lo material en cuanto actuante.

Tal estudio nos haría ver que la materia obra, ya conservando su composición, ya alterándola, y que, en ciertos casos, existen descomposiciones ténues que no apreciamos por ser más importante la actuación verificada sin descomposición, ó no podemos apreciar por falta de fineza en nuestros medios: lo primero nos serviría para constituir un cuerpo de doctrina referente á todos los fenómenos de la materia no descomponentes de su constitución, y otro á todos los en que tal descomposición existiere, y lo segundo para mantener siempre en enlace muy íntimo ambos conjuntos.

Al hacer los dos estudios deberíamos tener siempre el pensamiento fijo en el provecho que los mismos pudieran reportarnos, y, así, no despreciar ocasión de aprender las aplicaciones que de cada fenómeno son hechas y el bien que de las mismas se saca; pues no se vé razón para perder el tiempo haciendo una vez el estudio abstracto, dejando para otra el aplicado, y consintiendo queden sin utilizar las asociaciones de ideas entre el primero y el segundo, que habrían de orfecerse desde el primer instante.

Estudiada la materia general, ó sus fenómenos, podríamos pasar al estudio de los astros, y hacer éste, en un momento, en cuanto á lo que nos parecen ser; describiéndolos nada más; y, en otro, en cuanto á su funcionar, determinando las leyes de sus actuaciones.

Así podría hacerse série de conocimientos referente á cada cuerpo celeste (á más de la relativa al todo), y así llegaríamos á tener sabido de la Tierra, en cuanto astro, tanto cuanto de los demás astros puede saberse; pero,

teniendo á esta bajo nuestra inmediata acción, después de aprender de ella, como astro, lo que de los demás, se nos ofrecería cognoscible el conjunto inmenso constituido por el mundo terreno.

Emplearíamos método igual al empleado para el primer conjunto: dividiríamos en:

LO que ES; lo que HA SIDO y lo que SERÁ;
tanto el todo, cuanto cada una de sus partes.

Al considerar lo que en la Tierra és, hallaríamos una serie de SERES de los cuales, hasta el momento, ni podría habernos ocurrido idea: las *obras humanas* y, entre ellas, los conocimientos.

La diferencia entre lo que ES IDEA y lo que es NO IDEA se ofrece patente y capitalísima; sin embargo, yo no fundaría en tal característica la división; pensando en que el estudio de las ideas podría ser hecho al estudiar las humanas actuaciones.

Quedaríamos frente á lo que es NO IDEA, y esto tendría que ser dividido.

Para clasificar lo que és, en la Tierra, y es NO IDEA, la costumbre nos presenta la división en sólidos, líquidos y gases (regular para el estudio de la Materia, aunque cabe hacerla bi-membre); no deberíamos aceptarla, así por que no comprende todo lo dividido; puesto que, entre otras cosas, la electricidad no puede ser encuadrada en ninguno de dichos grupos; cuanto porque, en muchos de los objetos considerados como de una clase hay materias de otra: cual en las frutas sólidas hay zumo, que es líquido, y en el agua, aire, que es gas; por que muchos objetos también admiten los tres estados, y por haber de tener sacado de ella todo el partido posible al estudiar la Materia en general.

La característica que se me ocurre más importante es la de VIDA.

Todo cuanto en la Tierra es, ó nace, se reproduce y muere, ó nó: ó *vive*, ó *no vive*.

Lo que no vive forma un todo en tres conjuntos: *tierras, aguas, atmósfera*, (y aun es dos) y es el continente de lo que vive.

¿Cómo todo eso es? ¿Cómo ha sido? ¿Cuál es su historia?... esa historia que las capas terraneas van revelándonos poco á poco!

¿Contempla que inmenso campo de investigaciones!

Repara también en los provechos que podría reportar el buen conocimiento de mucho de lo referente á estas materias.

Lo aprendido acerca de la materia en general, (funcionando, ya sin descomponer su naturaleza, ya descomponiéndola), tendría aplicación en el estudio de los terrenos, nos habilitaría para conocer á poca costa lo que se llama minerales y fuerzas naturales, y los modos de aprovecharlos, y, tal vez, quién hubiese pisado millares de veces un campo que habría conceptuado miserable, en haciéndose dueño de esta série de conocimientos, reconociese que allí existían grandes riquezas, y las explotase.

Luego, al observar lo que vive, notaríamos que, ó funciona en todo necesariamente, ó alguna parte de su funcionar obedece á su voluntad.

Los seres de funciones en todo necesarias, son los vegetales; los de funciones en parte voluntarias, son los animales.

Tu sabes cuan inmensa es la variedad de animales y plantas, algo también has de conocer de las curiosidades que ofrecen sus respectivas vidas, del encadenamiento maravilloso de las especies desde el musgo al hombre..... ¡no ha de costarte gran trabajo comprender lo útil y placentero de los conocimientos que respecto á tales seres pueden ser adquiridos!

Levantar al cielo los ojos y *entenderle*.....; poder dar su nombre á las principales constelaciones y estrellas.....; conocer los planetas.....; pensar que, dentro de *tantos* días, se hallarán en *tal* sitio, y, al cabo de ellos, buscarlos allí y allí encontrarlos, hace gozar lo indescriptible.....!!

Y lo mismo sucede cuando se puede clasificar las tierras que se pisa, y los pedruscos que por ellas ruedan,

y nombrar las plantas y animales que se vé, y recordar sus modos de vivir y sus aplicaciones.

No se está solo en los campos solitarios, ni aun en desierto arenoso bajo cielo estrellado, cuando estrellas y planetas han dejado de ser para nosotros cosas innominadas: al saber algo de ellas, nos parece que hay un lazo que nos une, que las queremos...., y esta especie de afecto, y los recuerdos que, al contemplarlas, evocan, nos sirven de agradable compañía.

El problema de la vida nos atraería con fuerza poderosa: habríamos de preguntarnos por la causa del vivir, é iríamos de grado en grado inquiriendo si, en alguno de ellos, los fenómenos vitales dejaban de ser explicables por el puro funcionamiento de lo ordinariamente llamado materia, y exijían aceptar la existencia de espíritus, ó almas, que la materia informasen.

Caso de resolver el problema en pro de la existencia de espíritus, el conjunto de estos constituiría un orden especial digno de especial estudio: en caso contrario, podría proseguirse como vamos haciéndolo.

También se nos ofrecería interesante el problema de la voluntad.

En el funcionar de los seres vivos hallaríamos funcionar *necesario* y *no necesario*: nos asaltarían dudas cerca de si la aparente libertad en el funcionar era, ó no, solo aparente, tenia, ó no, leyes tan fijas á que obedecer como las leyes mecánicas, y, ya resolviésemos en pro, ya en contra, de la libertad, deberíamos ir estudiando el modo en que cada ser de voluntad hacia uso de ésta; si libre, para fijar tendencias, si esclavo con apariencia de libre, para determinar las ocultas leyes del actuar supuesto voluntario.

Además de por lo dicho, el estudio de los seres vivos se nos presentaría interesantísimo por sus consecuencias prácticas.

Las conquistas que, cada día, son realizadas en él, no tienen número.

Alimentos, medicinas, productos industriales . . . , de ahí salen principalmente: mucho es lo ya encontrado, pero el tesoro resulta inagotable ¿quién puede estar seguro de que no ha de haber algún nuevo cereal, algún otro tubérculo, algún árbol, capaces de proporcionar á los hombres más y mejor y más barata cantidad de alimento de la que sacamos de los conocidos?

También habría de ser considerado el actuar de los seres vivos en cuanto fuese distinto del actuar mecánico, ya estudiado al tomar como objeto de estudio la materia en general.

Veríamos divisible la actuación en inmanente y transitiva, y, tal vez, nos pareciese que lo transitivo había de tender ó á expresar lo íntimo, ó á modificar: los actos de expresión hallarían clasificación fácil por el medio expresante; los de modificación, por el fin; que podría ser criador, destructor ó modificador en especie.

Al pensar en todo esto, saltarían á la vista leyes generales aplicables al efecto útil de todas las actuaciones, y de ellas habría de tomarse nota en tal lugar; aunque, desde luego, nos ocurriese que, así el estudio de ellas, como el de todo lo referente al actuar voluntario, donde había de ofrecer mayor interés y conveniencia sería al estudiar el actuar humano.

Aprendido lo general relativo á todos los seres vivos y de actuación, en parte, voluntaria, se notaría que, entre estos, hay seres que conciben *deber* á que sujetar su voluntad, y, seres que no le conciben: forman los primeros el genero humano, y tal concepción del deber podría ser tomada como característica diferencial, si no se tuviese en cuenta que hay idiotas y locos, y que, todo hombre principia por ser niño,

A causa de esto, habríamos de buscar la diferencia en condiciones externas, en el predominio de los sistemas nervioso ó vascular, y, por ella, llegaríamos, también, á la clasificación del hombre como algo diferente de todo el conjunto de lo animado.

Mientras no hallamos en la escala de los seres lo que vive, tampoco vemos placer y dolor, ni bueno y malo: más, en cuanto hacemos de los seres vivos objeto de estudio, notamos que su vida puede desarrollarse bien, y puede ser cohibida en su desarrollo.

Se nos impone el estudio de las condiciones de salud y enfermedad de lo vivo, y, apercebidos de que, según los medios y formas de vida, el vivir se mejora ó empeora, también se nos ofrece el aprendizaje de los modos de conducir la vida de los seres por caminos que motiven su progreso.

Cuando tratásemos de particularizar nuestros conocimientos, después de aprendido lo general á todos los seres de vida; ya solo con funciones necesarias, ya con funciones, en parte, libres; sería el Hombre el objeto preferido, y, como el *Hombre* se nos presenta formando *colectividades*, tendríamos en estas una materia más de estudio.

Las *colectividades* son compuestos, el *Hombre* el componente de las mismas; el conocimiento pleno de este, ha de ser previo al estudio de aquellas.

Del *Hombre* conoceríamos ya; merced á los estudios de la Materia y de los seres vivos y de funciones necesarias, y vivos y de funciones en parte voluntarias; gran porción de su ser y de su actuar: solo del actuar sumisible á la idea del DEBER nada sabríamos todavía, y éste habria de ser objeto de nuestra atención, llegados á tal punto.

Sabríamos que el *Hombre* es ser vivo dotado de voluntad y capaz de la noción del DEBER: se nos ofrecería aprender cuál su DEBER es, cuál es nuestro DEBER, para que á él pudiéramos arreglar nuestra conducta.

Ya es muy larga esta carta: suspendo hasta mañana.
Te quiere tu padrino

JULIÁN.

IX.

..... Julio 11 de 1897.

Muy querido Julio:

Sigo.

Habríamos llegado á tener por objeto de estudio las obras humanas, y el DEBER como regla de estas obras.

Toda obra, acto, ó trabajo, requiere objeto á trabajar, instrumento de labor, y acto de laborar, ó sea aplicación del instrumento al objeto; y todo ha de ser hecho dentro del tiempo; condición necesaria á las sucesiones.

Que el tiempo es limitado, que lo son los instrumentos, y que, por tanto, tiene que serlo el trabajo, no necesita demostración; como tampoco la necesita que es infinito el campo de lo laborable.

Pues, de tales premisas surge una consecuencia trascendental para la solución del problema primero que habríamos de resolver:

El Hombre, al trabajar, tiene el DEBER de aprovechar todo lo posible, sus instrumentos y su tiempo:

Lo que significa decir, en frase más concreta, para hacerla más inteligible:

« Tiene el DEBER de tratar de conseguir cada obra en
« el menor tiempo y con el menor esfuerzo posible; á fin
« de que le reste el mayor tiempo y las mayores fuerzas
« dables, para otras empresas. »

Sobre ese principio cabe fundar una ciencia, meditando acerca de sus numerosas consecuencias, adaptables á toda labor.

En virtud de él aprenderíase que no será perdido sinó muy ganado, el tiempo que se dedique á la perfección de los instrumentos; que el trabajo se facilita extraordinariamente mediante la *ordenación*, distribución y división, y que, en consecuencia, es muy útil también el tiempo que las inteligencias dedican á ordenar, distri-

buir y dividir las labores, y la energía y labor que se emplea en mantener el orden en el trabajo.

Se conocería igualmente que es DEBIDO adecuar las empresas á las potencias, para no perder tiempo y energías en lo actualmente imposible; y se inferiría que la división de las resistencias y la adicción de las potencias son los medios de conseguir la adecuación indicada.

Fluyen de las expuestas ideas, otras muchísimas, y todas reunidas forman un sistema de conocimientos que pueden ser calificados como de pertinentes al aprovechamiento del trabajo, y son, por tanto, comunes á toda actividad; solo, pues, cuando ya nos fuesen conocidos los principios más generales en estas materias, sería bueno que pasásemos á conocer los especiales á cada rama de labor.

Pero, aún no tendríamos terminado el estudio del DEBER en general.

Lo dicho hace relación á lo DEBIDO como *modo* de hacer, no á lo DEBIDO como *fin* del hacer.

En cuanto á esto, la determinación del fin humano se presentaría como artículo de resolución previa, y, para darla, también aparecería previo pronunciarse acerca de la existencia ó inexistencia del hombre después de su muerte terrena; y, anterior á tal pronunciamiento, el relativo á la existencia ó inexistencia de SER que fuese razón de la vida de ultra-tumba, y de toda vida y todo *ser*.

Tal problema último, se habría presentado ya como uno de tantos de conocimiento histórico al tratar de averiguar lo que el Universo ha sido, pues, queriendo llegar al origen, lo primero es saber si ha tenido autor, ó no; pero, entonces no se nos habría ofrecido como de solución apremiante, en razón á que en la Historia cabe hallar lagunas y saltarlas, contentándose con un: «No sé esto», que no impide proseguir estudiando y aprender otras cosas.

Ahora, á primera vista, se presentaría como de solución indispensable: pues, parece que el problema de la conducta humana no puede ser bien resuelto sin tener

sabido cual es el humano fin; ni esto puede saberse, sin conocer antes si hay, ó no, un Ser providente y justo que rija el Universo.

Sería preciso que reflexionásemos con algún detenimiento para que nos convenciésemos de que, con tal idea, y sin ella, *la conducta actual humana ha de deber ser la mejor para el mejor y mayor número de los seres*; por lo que, la solución del punto no es más necesaria en el aspecto en que ahora la consideraríamos, que en el histórico.

No sé cual sería, llegado el caso en que tú consagras meditaciones á este asunto, la solución por que te decidieses: si se aceptase la deísta, habría de hacerse un sistema de conocimientos referentes al Ser Supremo, y se hallaría, en la existencia de tal Ser, motivo suficiente para volver sobre lo andado y modificar completamente en su principio, la clasificación de los conocimientos seguida hasta el momento: no aceptando tál, se consideraría la vida humana limitada al vivir terreno, y en tal concepto, habría de convenirse, por varios caminos, en que al Hombre interesa la existencia del mayor número de los mejores seres, y á todo ser la realización de lo más hábil para el íntegro desenvolvimiento de su vida; y de hallarse, como regla universal del *deber*, la de que *cada acto sea el más conducente al mayor bien del mayor número de los seres mejores*; regla que dá de sí otras ciencias; pues cabe, y es preciso, estudiar todos los actos posibles, para averiguar en cada uno su relación con el *bien* de los seres á quienes afecte: *bien* que, en muchos casos, se ofrece como *deber* en quién ha de darle y como *derecho* en quién ha de recibirle.

Usar tales palabras basta para que comprendas la importancia y grandeza de esa nueva región de conocimientos que se ofrecería á nuestros ojos: EL DERECHO.

Si yo hubiera de indicarte toda su extensión, de exponerte su importancia, tarde acabaría esta carta: con que recuerdes las clases de derechos de que forzosamente has de haber oído hablar, tienes bastante para comprender á

que punto es vasta la materia, y nada he de necesitar hasta decirte para que te des cuenta de su interés: á la vista salta.

Habilitados con el conocimiento general de lo *debido* para hacer los actos *útiles*, y para hacerlos *buenos* ó *justos*, podría estudiarse, en particular, el actuar humano: nuevo complejo incapaz de ser conocido sin previas divisiones; y acerca del cual algo se habría dicho estudiando en general el actuar de los seres de actuación, en parte, voluntaria.

¿Qué tomar por característica especial en el actuar humano?

Tres se presentan posibles: la materia sometida á la actuación; el fin de las acciones, y la esencia de los actos.

Implica todo acto modificación (á más de en el sugeto en algo que es objeto y medio de actuación: si pensamos, modificamos nuestra parte intelectual: si hablamos modificamos, á más de nuestros órganos, en la función, el aire, que es medio del lenguaje; y, si alguien nos escucha, él también sufrirá en su ser modificaciones: en todas las demás obras es más patente que hay modificación siempre; pero, es indudable que, á pesar de tal carácter comun á todos los actos, la relativa importancia de las modificaciones autoriza á calificar de actos modificativos solo aquellos en los cuales, sobre ser la modificación patentísima, es la que más importa al obrar.

De aquí puede emanar la clasificación que atienda, así al fin como á la naturaleza de las acciones, y, en tal respecto, cabe considerar que los actos humanos son *inmanentes* ó *transitivos* y dirigidos;

á CONOCER,

á EXPRESAR,

á MODIFICAR.

Estudiando lo referente á CONOCER, sería materia, tanto los órganos de conocimiento, cuanto sus reglas, su educación, y, á más, el presente y el pasado de cuanto es conocido, y aún la previsión de todo lo cognoscible; es decir un todo cual el primero considerado en estas car-

tas, pero diferente de él en que éste primero es el real, el existente, prescindiendo del hombre; el que existiría, (salvo en la partícula humana), aunque el hombre no hubiese existido; y aquél es obra derivada de la humana existencia.

Parece que el estudio de los conocimientos equivale al de lo cognoscible, y tal parece, que, al hacer clasificaciones, más han sido quienes han clasificado los conocimientos, las ideas de los seres conocidos, que quienes han clasificado los seres á conocer, lo cognoscible; pero yo hallo diferencia capitalísima y trascendencia suma en proceder como vengo procediendo.

No creo conveniente explicártelas, por que nos distraería del objeto de esta correspondencia.

El estudio de los actos tendentes á EXPRESAR sería el de todos los lenguajes y el de todas las bellas artes, y toda la parte bella de todos los actos; por ser ese conjunto el de las expresiones de nuestros sentimientos: sin que halle plausible que se cuide mucho de hacer aprender lo referente á la expresión de bellezas literarias y nada, ó casi nada, lo relativo á la de bellezas arquitectónicas, pictóricas, escultóricas, musicales, etc, etc.

Con ser tan vastísima la extensión de las materias expuestas, nos quedaría aún para la tercera série, (actos tendentes á modificar), campo inconmensurable.

Cuanto el hombre puede actuar fuera de sí, y aún en sí mismo, pero, no tendente á conocer y expresar, sería objeto de esa parte de nuestra labor; es decir, tendríamos delante el campo inmenso de la acción humana sobre la Naturaleza.

Me llevaría demasiado lejos y nos ocuparía demasiado tiempo, indicar una clasificación de tales actos: el objeto que persigo al escribirte queda cumplido consiguiendo que comprendas la inmensidad de la materia de estudio y formes idea de las condiciones de cada parte.

Si consideras que, al modificar, se puede destruir, criar, y variar la situación, estado, forma, salud, etc, etc. . . . : que las modificaciones pueden recaer sobre lo humano y lo no humano, y aquellas sobre los seres individuales y sobre los colectivos, (naciones, provincias, municipios, iglesias, corporaciones de cualquier género), has de tener suficiente para juzgar cuan pequeña parte del todo es la última, la relativa á modificaciones en las colectividades; y, aunque limites el campo de tu consideración á las colectividades políticas, si agregas que, para conocer lo modificable en las mismas y los medios adecuados á la modificación, lo DEBIDO acerca de nuestros actos con ellas relacionados, es preciso aprender cómo son y por qué son sus instituciones, y que esto no puede aprenderse sin estudiar la historia particular de cada una; y que tal historia es infinitamente extensa y no siempre clara ni completa, has de darte cuenta de la extensión incalculable de las trabajos precisos, y has de formar la idea que trato formes.

Además, en la vida se dan en ejercicio los actos modificativos por medio de las innumerables profesiones, y de los incalculables oficios; en ella, pues, los ves, y, por esa vista, puedes formar idea de todo lo que habría de contener el libro en cuestión, solamente con ser apto para ofrecer el conjunto de las generalidades constitutivas de lo cognoscible.

¿Concibes ya bien lo que habría de ser la obra que me pediste!?

¿Quedas convencido de que me faltan, absolutamente, las condiciones indispensables para tener la presunción de ser capaz de hacerla!?

Seguro estoy de que sí, y, contando con ello, juzgo que, para dejar terminada esta correspondencia, que celebro hayas provocado, no me falta sino hacer que pienses un poco en el otro factor que debe ser tomado en cuenta para decidir la que debe leerse. Hay que atender, pensamos, á las aptitudes y al tiempo: para juzgar de las aptitudes, nos haría falta conocer en general las

materias; para esto, el libro del cual hemos venido ocupándonos: ahora, atenderemos al tiempo.

De ello me ocuparé en la carta próxima.

No podrás quejarte de esta: me pediste que te consagrara todo un día, y ahí le tienes bien consagrado.

Con el cariño de siempre, se despide hasta pronto, tu padrino

JULIÁN.

.....Julio 15 de 1897.

Muy querido Julio:

Voy á terminar esta correspondencia haciendo algunas reflexiones acerca del tiempo consagrable á la lectura.

La oposición de tus papás á dejarte leer, no ha sido solamente oposición suya, ha sido tambien mia.

Yo les instaba continuamente á que procurasen no te aficionases á ello tanto que descuidases tu salud; y les instaba por escarmentado.

Conocía tus aficiones y temía te fuesen perjudiciales.

¡¡Place tanto leer!! ¡¡Es tan tranquilo!!

Pero, no se puede hacer todo lo que place, ni está en la tranquilidad el mayor bien apetecible.

Si, de niño, se te hubiera consentido que antepusieses el ejercicio intelectual al físico, no serías el jóven sano, fuerte, robusto, que eres; y, aunque sabrías algo más de lo que sabes, es lo más probable que anemia ó achaques llegarían á impedirte disfrutar y utilizar el saber tanto tiempo cuanto, gozando de buena salud, llegarás á disfrutarle y utilizarle, y aún, acaso, tambien, á imposibilitarte adquirir ahora tantos conocimientos como habrás de lograr, y te desquitarán con usura del tiempo que creés perdido.

Mas, no creas que ya toda prevención al respecto ha terminado, que ya estás habilitado para dedicar á leer todo tu tiempo.

No, si antes debias cuidar de tu salud, ahora has de cuidar de algo no menos importante.

La vida consagrada al estudio no es toda la vida, y, por ello, no puede la vida entera al estudio ser dedicada.

En la vida, cada ser aislado, vale bien poco: en la vida se goza y se padece, y los goces se aminoran si no hay quien con nosotros los comparta, y los padecimientos se acrecientan si no tenemos tambien quien de ellos participe; y aislado se encuentra quien sin amigos está.

Hace falta, por consiguiente, hacer amistades, y es la época de la juventud la que al efecto sirve mejor, la que las forma más cordiales, más duraderas.

Para aficionar á los jovenes al estudio, suele decirseles: «No hay mejor amigo que un libro»: es incierto; un libro no es un amigo.

Un libro no llora, si lloramos: no ríe, si reímos; ni él necesita de socorro nunca, ni nos socorre si de socorro nos hallamos necesitados.

El libro está en una esfera: el amigo en otra: no es fácil compararlos.

Cierto que los libros nos enseñan, nos corrijen, no son ingratos, son sinceros; pero, esto no hace que puedan compartir con nosotros la vida, y todos necesitamos tener con quien compartirla.

Lo dicho ha de servir para que comprendas debes ahora cuidar tus relaciones sociales; y, esto comprendido, si cuentas el tiempo que han de ocupar los ejercicios siempre precisos para tu salud, tus estudios necesarios, y tus lejitimas diversiones, podrás ir calculando el que puede quedarte libre para leer sistemadamente.

Tu buen criterio ha de decirte que te es preciso conocer los actuales sucesos y los hombres que influyen y pueden influir en el porvenir de la Patria, y que, tal conocimiento no podrás adquirirle sin la constante lectura de algun diario; fuente única de información para todo lo contemporáneo: has, pues, de tomar dicho factor en cuenta en la del empleo de tu tiempo.

Todo calculado, estoy cierto de que deberemos darnos por satisfechos si, á más de estar ganándonos la vida, ó cumpliendo nuestros deberes de estudiantes, podemos dedicar á la lectura ordenada, fundamental, sistemada, una hora cada dia, y no perder en el año más dias que los 65 de pico que cada año tiene.

Si leemos á razón de treinta pájinas del tamaño común, por hora, en el año podremos leer 9.000 pájinas, y si, como debe hacerse, y es preciso á la mayoría de las inteligencias, leemos tres veces cada libro de los que de-

seémos aprender, quedan reducidas las 9.000 á 3.000; ó sea, á unos diez tomos de trescientas páginas cada uno.

No es gran exigencia pensar que, á los 20 años, deba el hombre encontrarse habilitado para emprender la senda permanente de su vida; ni, por tanto, que, antes de tal fecha, deba haber adquirido los conocimientos de conjunto de los cuales venimos tratando; y no sería tarde que empezase á los 15 años la lectura ordenada que nos parece conveniente: podemos, pues, considerar que hay 5 años hábiles para alcanzar los indicados conocimientos: es decir, que hay tiempo para leer bien cincuenta tomos . . . , pero, solo cincuenta.

Luego, en el resto de la vida, dedicados ya á estudios especiales, las obras referentes á estos van ofreciéndose con poco esfuerzo de procura; y, considerando que también se pueda substraer una hora á las ocupaciones necesarias para dedicarla á lecturas generales, y que la edad de 50 años cabe sea estimada término común, podremos calcular que, en los 30 mediantes entre ella y la de 20 años, queda tiempo para leer, en igualdad de condiciones, trescientos volúmenes.

Teniendo presente todo lo dicho, opino que solo sería buena contestación á tu pregunta la que contuviese relación circunstanciada, y *por orden*, de un primer libro, á estudiar: de diez legibles en seguida: de cincuenta inmediatos, y de trescientos subsiguientes, que fuesen los mejores, los más dignos de lectura de los innumerables que ha producido la fecundidad de los escritores, en todos los tiempos y países; y, ¿quién estará en condiciones de dártela?

Yo no, desde luego: por eso principié diciéndote que no podía contestarte: por eso término repitiéndotelo.

Acaso fuese más fácil hallar contestación dividiendo en múltiples preguntas dirigidas á los especialistas en cada materia, la única que á mi me has hecho: quizá mereciese los honores de un concurso.

Un periódico, una corporación científica, un Estado, tal vez, debiesen considerar digno de ellos abrirle para premiar, y con premio de importancia, á quien presen-

tase el mejor libro de Prolegómenos de la Ciencia, y la mejor serie de los 10 tomos amplificadores de éste, y de los 50 del tercer círculo; y la mejor lista de los 300 legibles por la generalidad, y de los 900 que podrían leerlos de memoria privilegiada.

No dudo que ha de haber quien pueda hacer, así aquellos libros, como estas listas: circula tu pregunta, házselas á los más que puedas; quien la conteste bien, prestará á todos un gran servicio.

A lo ya dicho, creo bueno añadir breve recomendación.

Como á nadie debe faltar *periódico*, á nadie debe faltar Diccionario Enciclopédico y Etimológico: no para hacerse erudito á la violeta, no, que esto es inutilmente ridículo; para aprender mucho.

Si cada vez que se nos ofrece el deseo de conocer algo, no le dejásemos pasar en vano, sino que fuésemos al Diccionario y le satisficiésemos, llegaríamos á sumar muchas noticias, y con la ventaja de que, lo aprendido así, se conserva mucho tiempo.

Yo sé hasta que punto han sido ridiculizados los sabios de Enciclopedia, pero, á pesar de ello, no dudo en recomendarte los diccionarios.

Otra observación que hacerte me ocurre, asociada á las anteriores ideas por la relación entre los *diccionarios* y el *lenguaje*.

Afortunadamente, tus papás han hecho que hayas aprendido ya algun idioma, á más del propio, y, en los efectos que has de notar por la posesión en que te hallas de dos de los principales, está la mejor prueba que podría ofrecérsete de cuán beneficioso es el aprendizaje de lenguas.

Yo le comparo á una ampliación inmensa del poder visual.

Quien no sabe leer, apenas vé á pocos pasos de distancia de sí: quien sabe leer un idioma, *vé* toda la tierra en

que tal idioma es hablado, y la *vé*, no solo en su presente, en su pasado, tambien: así, pues, el aprendizaje de cada lengua equivale á la adquisición de poder visual capaz de llegar al país en donde la lengua aprendida esté en uso, y á encontrarse, por consiguiente, habilitado para *ver* cuanto allí se escriba, y cuanto se haya escrito.

No olvides esto nunca, y válgate de estímulo para ampliar tus conocimientos lingüísticos.

Disculpa que para no satisfacer tu deseo, te haya escrito tanto: sírvate ello de prueba de mi buena voluntad, y de motivo para no dudar nunca en solicitar de mi cuanto creas pueda hacer en tu obsequio; pues, si mis medios podrán, en muchos casos, ser pocos, ya ves que no reputo molestia lo que trabajo en tu obsequio, y que son buenas mis intenciones.

Te abraza, y se despide, tu padrino.

JULIÁN.

XI.

Julio 16 de 1897

Muy querido padrino:

Su carta última ha cambiado por completo mis pensamientos.

Venia considerando que podría poner á V. en un compromiso.

Tenia pensado decirle:

«Padrino, conforme V. vá indicando, á grandes rasgos, el conjunto del saber, para que yo vea que parte de él puedo elegir, voy viendo que «me gustan todas», «mejor dicho, que de todas necesito saber algo.»

«Quiero vivir, y en salud, y fortificarme física é intelectualmente, y he de llegar á constituir una familia de cuya salud y educación he de cuidarme, y á manejar una fortuna en la que hay fuerzas que utilizar, animales que beneficiar, cultivos que hacer, tratos que juzgar. . . . etc, etc.»

«Seré ciudadano y mi voto será pedido, y deberé estar habilitado para examinar las ideas de los que le demanden, si he de hacer de él buen uso».

«Acaso llegaré á tomar parte en el gobierno, aunque solo sea mi aldea, y necesitaré conocer el mejor modo de gobernar.»

«Además, siempre ha de haber á mi rededor alguien menos habilitado que yo para haber aprendido algo, y deseoso de saberlo, y se me hará preguntas, tanto acerca del sistema del mundo, cuanto respecto á los interesantes problemas que V. apunta en cada orden de conocimientos: por que á todos preocupan... Así por el bien que pueda hacerse, respondiendo, cuanto por el bochorno que pueda evitarse, juzgo preciso conocerlo que pudiera, de otro modo, conceptuarse parte menos

« útil de lo presentado por V. como cognoscible...; de
« suerte que, *sea bueno*... y nómbreme alguna obra de
« cada una de las materias que V. no ha querido nom-
« brar.»

Pero, reconozco que tiene V. razón: es á los especialis-
tas á quienes debo dirijirme.

Bastante me ha dicho V.: bastante me ha hecho pen-
sar: no se si más que con lo que ha dicho, con lo que ha
callado: con la omisión hecha, en su análisis, de tanta y
tanta materia que se está viendo servir de principal
ocupacion á muchas inteligencias....

Voy á serle franco: aunque, al pedirle me dijese
qué debia leer, hablé á V. de que no creia bueno gastar
el tiempo en leer novelas, alentaba la esperanza de que
V. habría de contestarme indicándome obras literarias é
históricas... y no pensé en más: no sospeché siquiera
que habria de recibir una casi-ordenación de conocimi-
mientos, en respuesta á mi pregunta.

Quedo muy reconocido á V., y créalo, no ha de ser la
hecha mi consulta última.

Su ahijado que le quiere

JULIO.



